

Acá y acullá relucen,  
 Diseminadas antorchas  
 Que mas que aparecen huyen.  
 La luna asoma á pedazos  
 Por un peloton de nubes  
 Que la circunda fantástico  
 En forma y color voluble.  
 Y al fin por mas que los nobles  
 El juicio de Dios divulguen  
 Haciendo favor al rey,  
 Y por mas que él disimule  
 No queda nadie en Toledo  
 Tan necio, á quien se le oculte  
 Que doña Luz sigue presa

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano  
 Y alegre en apariencia  
 Figura á los placeres  
 Quimérica aficion,  
 Y rie y goza y muchos  
 Envidian su existencia,  
 Y un torcedor secreto  
 Le roe el corazon!

—

¡Ay triste del que lleva  
 Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 La risas del placer  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma,  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado sér!

—

Si triste á quien asalta  
 Perdido un pensamiento  
 Cuya horrorosa duda  
 Destruye su ilusion,  
 Y vaga por su mente  
 Cual á merced del viento

Y que se destierra al duque.  
 Por eso en la torrecilla  
 Del gótico alcázar luce  
 La lámpara misteriosa  
 Que pena y desvelo arguye  
 En quien la habita, y por eso  
 El reposo se interrumpe  
 De la noche con los ayes  
 Que necio pavor infunden  
 En los guardias de la torre,  
 Y cuyo son les aturde  
 Mientras en el aire vaga  
 Y en el aire se consume.

Bajel desorientado  
 Sin velas ni timon.

—

¡Ay pobre caballero  
 Cuyo leal cariño  
 Secreto largos años  
 A su beldad guardó,  
 Soñando á su querida  
 Mas pura que el armiño  
 Y al cabo de una ausencia  
 Sin honra la encontró!

—

¿Quién hallará palabras  
 Que al caballero amante  
 Consuelen, ó á lo menos  
 Satisfaccion le den,  
 Cuando en la lengua torpe  
 Del vulgo petulante  
 Prostituido encuentra  
 El nombre de su bien?

—

¡Ay! la princesa amaba  
 En otro tiempo á un hombre  
 Que los rabiosos zelos

Estimuló del rey,  
 Y de quien no bastaron  
 A descubrir el nombre,  
 Ni el pavoroso juicio  
 Ni la sangrienta ley.

—

Si aun la ama, si el delito  
 Tal vez es verdadero,  
 ¿Por qué por honra propia  
 No viene á combatir?  
 ¿Por qué si la ha infamado  
 No sabe el caballero  
 Satisfacer cual noble,  
 O cual leal morir?

—

Mas pues la acusan todos  
 Habrá razon alguna  
 Para que todos la hagan  
 Tan vil imputacion:  
 Y entonces ¡ay! ¿quién sabe  
 Si por fatal fortuna  
 Ajeno será el crimen,  
 Y ajena la pasion?

—

Y ¡ay triste del que lleva

Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 La risa del placer,  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado sér!

—

Mas doña Luz á solas  
 Llorando sin consuelo  
 Por su galan oculto  
 Se afije sin cesar,  
 Y prematura muerte  
 De hinojos pide al cielo  
 Si acaso pudo ingrato  
 Su corazon cambiar.

—

Y acaso en este instante  
 Con torcedor secreto  
 Los zelos se apoderan  
 A un tiempo de los dos,  
 Y van por dos caminos,  
 Entrambos á un objeto,  
 El uno en pos del otro  
 De su ventura en pos.

Está avanzada la noche  
 Fria por demás y oscura,  
 Apagadas las estrellas  
 Y encapotada la luna.  
 Sopla á ráfagas el cierzo  
 Y aunque tormentoso nunca,  
 Segun por donde se arrastra  
 Silba, gime, brama ó zumba.  
 Todo en Toledo reposa,  
 Y negra, apiñada y mustia  
 Se vé la ciudad que á trechos  
 En la sombra se dibuja.  
 Y allá por entre las peñas  
 Del valle opaco en la hondura,  
 Se oye el ronco son del agua  
 Del Tajo, que se derrumba  
 Entre los rudos peñascos  
 Alzando hervorosa espuma.

¡Medrosos sitios son estos!  
Medrosos por las figuras  
Informes que representan  
Y por tradiciones muchas.  
¡Misteriosos son aquellos  
Peñascos y quebraduras,  
Cuyos contornos se extienden  
En irregulares curvas,  
Que en la fantasía toman  
Forma y variedad difusa,  
Y vida en el miedo encuentran  
Y en las creencias se abultan.  
Avanzando silenciosa  
Por su superficie rústica  
Viene á estas horas subiendo  
Una sombra lenta y muda.  
Y ya por paso mas fácil,  
O porque mejor le encubran  
Con la sombra mas espesa  
De los peñascos se escuda,  
Cumplido manto la emboza,  
Y aunque impedirlo procura  
La malla y los acicates  
Por debajo le relumbran,  
Y á cada paso se siente  
El crujir de la armadura,  
Cuyas piezas al moverse  
Se separan y se juntan.  
Y no sé que de siniestro  
En tales sitios augura  
Quien en tan lóbrega noche  
Su fria soledad turba.  
Y bien á lo que parece  
Conoce el lugar sin duda,  
Pues ni en lo áspero tropieza  
Ni lo difícil le asusta;  
Y avanza y gira á su tiempo  
Con precision, y segura  
Su planta evita los brezos,  
Y los pedregales cruza.  
Así de una en otra peña  
Llegó trepando á la altura.  
Hasta tocar del alcázar  
Las viejas murallas húmedas,  
Donde apartando una piedra

Que falso postigo oculta  
Iba á alzar con una llave  
La mohosa cerradura.  
Mas no bien la estrecha puerta  
Tocaba, cuando la punta  
De una espada en la garganta  
De repente le aseguran.  
—«¿Quién vá allá?» le preguntaron;  
Mas con repentina astucia  
—¡El diablo! contestó al punto,  
Y con impensada furia  
Dando sobre el que le amaga  
—¿Quién vá? á su vez le pregunta.  
Quedaron pues, cara á cara,  
Aunque cada cual la suya  
Recata cuidadosamente,  
Y aprestados á la lucha.  
Mas el que amagó primero  
Ya por miedo ó por cordura  
Bajando primero el arma  
Así la cuestion excusa,  
Diciendo: «De todo el muro  
Es esta la puerta única.  
Solo dá entrada á esta torre,  
Y vos conoceis la ruta.  
Que ibais á entrar está claro,  
Conque de dos cosas una:  
O el galan de doña Luz  
Sois, ó en la sombra nocturna  
Fiado, en la torre entrabais  
De oro y de alhajas en busca.  
Si lo primero, en mis manos  
Tengo yo vuestra fortuna,  
Si lo segundo, mis gentes  
Apostadas en la hondura  
Dan con vos á una señal  
En la corriente profunda.  
Conque hablad pues.»  
—«Norabuena!  
Y escuchadme: esta es la única  
Puerta que lleva á esta torre  
Y vos conoceis la ruta.  
Que ibais á entrar me sospecho,  
Con que de dos cosas una:  
O el galan de doña Luz

Sois, ó en la sombra nocturna  
 Sorprendido su secreto  
 Habeis venido en su busca.  
 Si lo primero, me importa  
 Estorbar vuestra fortuna;  
 Si lo segundo, uno es fuerza  
 Que en la eternidad se hunda.  
 Conque hablad pues.»

—Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca  
 O al cabo de la cuestion  
 Nos encontramos en suma.  
 Ves sois el galan oculto.

—Y vos mi rival.

—Sin duda.

—Defendeos pues.

—Primero

Fuerza es que aclaremos una.

—¿Cuál?

—La de con quien reñimos.

—Yo no me descubro nunca

Cuando riño por guardarme.

—Aparte necias excusas

Señor valiente, que ha dado

Con quien de razones gusta

Porque me importa el asunto

Mas de lo que se os figura,

Y si es tal vuestro secreto

Que en descubrirlo haya culpa,

Mi nombre es la garantía

De que lo echais en la tumba;

Que el principe Godofredo...

—Vos, mi tio?

—Bondad justa

De Dios, eres don Favila?

—Yo soy.

—¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan á tiempo

Da gracias á la fortuna,

Que sé mas de lo que crees

Por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo

Platicar en pié y á oscuras.

Tras cuyas frases metiendo

La llave en la cerradura.

Desaparecieron ambos  
 Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir,  
 Y en suspirar y gemir  
 Se ocupaba la princesa,  
 Cuando oyó con mucha priesa  
 Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida  
 Y asíó por dentro el cerrojo,  
 Tal vez temió por su vida  
 Que no hay precaucion perdida  
 Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente  
 Dos golpecitos por fuera,  
 Mas doña Luz cautamente  
 A oír aguardó prudente  
 La voz del de la escalera.

«Luz!»—dijeron, mas tan quedo  
 Que no pudo conocer  
 El acento y tuvo miedo;  
 Porque tenia en Toledo  
 Mucha traicion que temer.

DON FAVILA.

«Abre Luz, ¿no me conoces?

DON GODOFREDO.

Despierta si estas dormida.

DON FAVILA.

Por dulce sueño que goces

Desvelente, Luz, mis voces;

Despierta por Dios, mi vidal!

A cuyo amoroso acento

Respondiendo el corazon

De doña Luz, y un momento

Dudando, abrió su aposento

Al íman de su pasion.

Pero mirandó turbada

A Godofredo con él,

Recibióles reservada,

Severa y disimulada,

Siempre á su secreto fiel.

DOÑA LUZ.

Tal vez buenos caballeros,

Con nobleza ya excesiva  
 Venis de nuevo á ofreceros;  
 Tal favor agradeceros  
 Sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, segun creo,  
 Por breve tiempo quizás,  
 Lo grande de mi deseo  
 Podrá suplir lo demás.

DON GODOFREDO.

(¡Qué farsa es esta que veol!)  
 Luz, la brevedad importa;  
 Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó doña Luz absorta,  
 Cuestion tan precisa y corta  
 Sin atinar como huya.  
 Y el tio que esto previno  
 A los ojos la ponía

El escrito pergamino,  
 Que á dar en sus manos vino  
 Allá en Alcántara un dia!  
 Posaba convulsamente  
 En él la avara pupila

Doña Luz; su tio en frente  
 Sonreía dulcemente,  
 Y temblaba don Favila.  
 Al cabo rompió á llorar  
 La pobre madre culpada,

Sin osarle preguntar  
 Por su prenda abandonada  
 En los brazos del azar.  
 Y abriéndola con ternura  
 Los suyos don Godofredo

«Ven (la dijo) está segura  
 «Esa prenda de ventura,  
 «Pero léjos de Toledo.  
 «Y abrazaos ¡vive Dios!

«Que el cielo piadoso aprueba  
 «Lo que hartó costó á los dos;  
 «Que va de la culpa en pos  
 «Pero aborrece la nueva.»

Y los dos tiernos amantes  
 Por tanto tiempo constantes  
 En un cariñoso abrazo  
 Lid olvidaron y plazo  
 En tan ansiosos instantes.  
 Lloraban ambos al par  
 Con lágrimas de ternura,  
 Y ya próximo á llorar  
 El tío sin respirar  
 Bendecía su ventura;  
 Cuando oyeron de repente  
 De pobre instrumento el son,  
 Y entre el son de la corriente  
 Del Tajo, alegre cancion  
 Entonada diestramente.  
 DON GODOFREDO.  
 ¡Eal no excuse lo menos  
 Quien ha emprendido lo mas:

Id vuestra ruta serenos  
 Que mis caballos son buenos,  
 Y os queda un amigo atrás.  
 DOÑA LUZ.  
 ¡Cómo, señor! ¿Qué es aquesto?  
 DON GODOFREDO.  
 Todo lo tengo dispuesto.  
 Y no hay remedio mejor  
 Ni para guardar tu honor,  
 Ni para evitar su arresto.  
 DON FAVILA.  
 ¿Y el rey?  
 DON GODOFREDO.  
 Yo me quedo aquí.  
 Esposos sed ante Dios,  
 Que el rey Egica ante mí  
 Tendrá que ver que nació  
 El mas justo de los dos.

### CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;  
 La luna en el horizonte  
 Escasa luz despedia  
 Y á largos pasos se hundia  
 Detrás del alzado monte;  
 Cuando solo y descuidado  
 En largo manto embozado  
 Despacio entraba en Toledo  
 Un hombre, que, bien mirado,  
 No era otro que Godofredo.  
 Y allá á lo léjos se vian  
 La extensa vega cruzando  
 Varios ginetes que huian,  
 Que mas se desvanecian  
 Cuanto se iban alejando.  
 Pasó Godofredo el puente,  
 Y apenas apareció  
 La aurora en el rojo oriente,  
 Firme el pié y alta la frente  
 En el alcázar entró.  
 —  
 Lo que pasó dentro de él  
 Entre el infante y Egica

Nadie en Toledo lo explica  
 Ni se halla en ningun papel.  
 Ello es que don Godofredo  
 De una hora tras el despacio,  
 Volvió á salir de palacio,  
 Y se ausentó de Toledo.  
 Y en el aire triunfador  
 Con que dicen que salia  
 Bien claramente se via  
 Que llevaba lo mejor.  
 El rey, desde su partida,  
 Presa de oculto pesar  
 Cercano estuvo á exhalar  
 A sus rigores la vida.  
 Y en cuanto esta le duró  
 Ni al duque persiguió mas  
 Ni el bello nombre jamás  
 De la princesa mentó.  
 Y aunque recias tempestades  
 Fueron á turbarles luego  
 De su retiro el sosiego  
 Y el bien de sus soledades,  
 Del rey su tío á cubierto

Ellos allá en sus estados  
 Vivieron muy bien casados,  
 Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.  
 Y acaso en otra ocasion  
 Si tu favor me aseguras,  
 Sabrás otras aventuras,  
 De doña Luz, que hartas son;  
 Mas si no son de tu gusto  
 Lector las que te conté,  
 No hablemos mas, porque á fe  
 Que no me coje de susto.

FIN DE LAS LEYENDAS PRIMERA Y SEGUNDA.

## LEYENDA TERCERA.

### ¡CAPÍTULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero  
 Como á las tres de la tarde  
 Del rio Arlanza mirando  
 Los fugitivos cristales,  
 Y entre el camino de Francia  
 Y el rio humilde paseándose,  
 Viase á un hombre vagando  
 Por su solitaria márgen,  
 Hidalgo y rico á juzgar  
 Por su gentileza y traje.  
 En secretas reflexiones  
 Abismado y sin curarse  
 De cuanto en rededor pasaba  
 Seguía, cual si ocupasen  
 Su mente graves cuidados  
 O duelos su ánima graves.  
 Parado estaba del puente  
 Cabe los altos pilares,  
 Cuando llamó su atencion  
 Ruido y polvareda grandes  
 Que alzaban muchos ginetes  
 Por el camino adelante.

Alargó pues el hidalgo  
 Sus pasos para encontrarles,  
 Bien fuese curiosidad  
 O bien que les aguardase.  
 Salió al lindel del camino,  
 Y á la turba aproximándose  
 Peregrinos vió y juzgóles  
 Gente de noble linaje.  
 Dos damas y un caballero  
 Eran, y con antifaces  
 Traian cubierto el rostro  
 Costumbre de tiempos tales.  
 Caballos traian recios,  
 Cruces de plata, y por pajes  
 Quince ginetes armados  
 Del casco á los acicates.  
 Llegados ante el incógnito  
 El caballero parándose  
 Dijole: Dios sea loado,  
 Buen hombre.—Y él on voz grave  
 Repuso: Loado sea  
 Por siempre, buen caminante.